

tor, pero sí tengo la certeza de que gracias a la poesía del nicaragüense nuestra literatura no es ya la misma.

Quisiera señalar —otros abundarán, más interesados que yo, en la teleología— algunos extremos de la simplificaciones de Larrea. Cristóbal Serra, que preparó y antologó la edición de *Ángulos de visión para Tusquets* (antología de textos), escribe congratulándose con la afirmación de que Larrea «nos viene a decir, en sus muchos escritos proféticos, que el mundo se reparte entre: milenaristas, antimilenaristas, y aquellos tan ambiguos que no saben ellos mismos lo que son». Extraña frase. Y añade más adelante: «Larrea juzga que la cultura helénica no pasa de ser un producto del hombre psicósomático. Para él, son estáticas la cultura china, la hindú, la griega, por faltarles el espíritu creador. Según Larrea, sólo este espíritu es propio de la cultura judeocristiana». A estas aseveraciones —tan severas—, añadimos esta otra del libro sobre Darío, en la

que dice que él considera «la realidad en su plenitud desde el observatorio universal de la cultura». Es difícil aceptar atalayas tan privilegiadas, e intuyo que desde allí sólo es posible ver *sub specie aeternitatis*, es decir, más allá de la historia, convirtiendo el tiempo concreto en un instrumento de un orden superior, de un tiempo total y descartado. Cuando aquí se ha dicho que la poesía es superación de la historia, también se ha dicho a continuación que necesita de la historia para encarnar.

Profeta es aquel que anuncia los hechos venideros, el tiempo que ha de venir; poeta es aquel que muestra el tiempo, la quietud y el movimiento, antinomia en la cual recordamos la memoria, la vivacidad del significado, la mirada fundida a lo que vemos.

Juan Malpartida



América en los libros

Emaciano en el umbral

Enriqueta Muñiz

Grupo Editor Latinoamericano, col. Escritura de Hoy. Buenos Aires, 1989.

Me tocó leer esta novela inquietante y diáfana, primer libro publicado por la autora, una conocida periodista especializada en temas culturales, poco después de haber hecho lo mismo con *El péndulo de Foucault*, la segunda inmersión en el género de ese agudo pensador de nuestra época que es el italiano Umberto Eco, y no dejó de llamarme la atención esa doble coincidencia de que aquí también, en estas páginas locales, aparecieran claramente aludidos los misterios templarios y otros temas afines. Pero me bastó adentrarme en la lectura, cosa que se hace con todo gusto, para aventar una posible influencia —por otro lado evidentemente dificultosa, ya que ambos libros se publicaron casi simultáneamente— del talentoso piamontés. Si hay alguna genealogía con la cual es posible vincular a este bien llamado *Emaciano en el umbral*, a mi modesto entender más bien es la del inefable Julio Verne, por otro lado dignísimo antepasado de todo honesto incursor en ese fecundo y maravilloso dominio que es la ciencia-ficción contemporánea.

Pero no por supuesto del Verne primario, del Verne elemental, aquel que algunos imaginaron ver agotado apenas en la distracción o el entretenimiento, por cabales que fueran, sino del Verne raigal que bien pudo ser definido en nuestro tiempo como «un revolucionario subterráneo». Aquí también el atractivo (hoy desdichadamente inusual) de una narración directa y vívida, preocupada por decir con nitidez y comunicarse con entera claridad, y sin alejarse por ello del placer del texto, munida de una amplia y compleja versación en los más diversos campos especulativos del conocimiento avanzado y por lo tanto cuestionador, se propone guiarnos a enfrentar nuestras limitaciones y nuestros límites para trasponerlos, para ir

más allá, en busca de mejores y más frescas y más nuevas realizaciones de lo verdaderamente humano.

Lejos estamos entonces, volviendo a aquella presunta relación con Eco, de lo que hoy ha dado en llamarse por Europa el posmodernismo, y más bien me parece ver relumbrar aquí, claro que con nueva y vigorosa llama, los viejos valores del mejor humanismo, aquel que imaginaba una ciencia y una técnica no opuestas ni a la razón ni a la belleza, y dispuestas a liberar al hombre en lugar de proporcionarle nuevas y más complicadas cadenas. Este emisario de un apasionante mundo paralelo, corporizado físicamente como indígena de nuestro noroeste, y cuyo nombre ya fuera anunciado por Nostradamus, no es ni un mesías ni un líder ni tampoco un profeta. Pero su mensaje —porque hay un mensaje— tiene algo de todo eso, como tiene también de la parábola y por lo tanto de la poesía, y cuaja más que dignamente en este libro que es dable recomendar con todo entusiasmo. Y cuya impecable factura gráfica, comenzando por la bellísima tapa (con una lograda imagen muy a lo Magritte), resulta ejemplar en estos días y ha de ser debidamente destacada como una notable contribución de este sello editorial.

Sueños de la constancia

Ida Vitale

Fondo de Cultura Económica, col. Tierra Firme, México, 1989.

Generalizando, lo que no deja de acarrear sus riesgos, hay quien adjudica a la literatura rioplatense el inclinarse preferentemente hacia la introversión y la melancolía, mientras que otros ámbitos geoculturales de América Latina, como el caribeño, por ejemplo, serían más dados a la extroversión y el entusiasmo. Y aún admitiendo esa vaga afirmación tan sólo como una tendencia, para la cual es imposible no tomar en cuenta las inevitables excepciones (a veces tan notorias que saltan a la vista), en el caso de nuestros hermanos uruguayos, los argentinos no sólo deberíamos encarar, por supuesto, la cuestión obra por obra, con sus raigales, esenciales peculiaridades particulares, sino también prestando oído atento a las sutiles disonancias entre ambas orillas, por otra parte tan afines. Ya que no es lo mismo, evidentemente, la forma concreta con que responden a ese *pathos* un Borges o un Onetti, por citar nombres máximos. Como siempre, por suerte, y aún mucho más en artes del lenguaje, los ineludibles matices

de cada personalidad, de cada entonación, de cada acento, hacen felizmente imposible —también aquí— todo mani-queísmo.

Al encarar esta bienvenida edición prácticamente completa, hasta 1984, de la personalísima producción lírica de Ida Vitale, la destacada escritora uruguya nacida en Montevideo en 1924, me resultó imposible no percibir de qué fecunda manera esta poesía que parte desde un comienzo de la absoluta, nítida, insoslayable conciencia de nuestra mortalidad («Serás ceniza y no tendrás sentido», dice, quevedianamente), y por lo tanto de la consiguiente precariedad de nuestros actos («La historia no se olvida y roe, roe»), y que se descubre a la altura de ese ineludible despojamiento con el no menos respetable despojamiento de su palabra («Puedo cantar/ en medio del más cauto,/ atroz silencio») y, al mismo tiempo, de su propia vida («Ahora estamos a solo, duro,/ enemistado cielo»), se nos hace —a mi modesto entender, es claro— a la vez lejanamente emparentada pero también cuán distinta de algunos casos concomitantes de la poesía argentina contemporánea, desde el conjunto mismo de la llamada generación del cuarenta hasta nombres sintomáticos como pueden ser los de Girri o, inclusive, Juarroz.

Volviendo a Onetti, que no es en este caso un referente casual, ya que resulta literalmente aludido en estas páginas, recuerdo cómo alguien —creo que fue el desdichado Ángel Rama— aludía atinadamente a la percepción que sentía con un rumor de fondo en toda su escritura de una respiración prácticamente orgánica, el anhelante hábito concreto y visceral que delata la presencia de otro ser humano, que en estas lides se nos vuelve la contrapartida, la garantía antirretórica de un estilo. Eso que se percibe de inmediato en Arlt, para volver a mi Argentina, y que tantos de mis correctos y hasta eficaces escritores compatriotas suelen tender a disfrazar con un pudoroso manto de (digamos) intelectualismo. Sin la falsa vergüenza de que no la denuncie su propia humanidad, su sensorialidad auténtica, Ida Vitale ha logrado a lo largo de su obra erigir también la escueta carnalidad de sus textos a la vez concisos y jugosos, que no desdeñan ni la médula ni el hueso, y que encarnan en su lenguaje precisamente encarnado ese contagioso, desesperado y humanísimo aliento, ese jadeo de nuestra condición.

Entre «un ramo de ruina» y «el gran árbol de luz», con «ácida paciencia», la autora no sólo «trueca el duelo en canto» sino que es capaz de experimentar —y transmitirnos— la densidad grave y no sólo fonética del lenguaje, de esas

palabras a las que tierna y lúcidamente llama «hermanas, tristes nuestras», a las que saludablemente también concibe siempre al borde de la mortal retórica: «Un breve error/ las vuelve ornamentales». La pasión, a la vez enamorada y desolada, que se percibe vívidamente en la dignísima escritura despojada, árida y ávida de Ida Vitale, es a la vez (al unísono, como debe ser) una pasión de vida y de belleza, y no se entrega a la mortalidad sino para hacer de ella señales preñadamente contagiosas de la especie, modos de ser más hombres, crudo y veraz lenguaje humano, tenso y transido, que no nos seduce ni encandila, vida escrita latente y lista a fecundarnos, de igual a igual, sin trampas ni añagazas: «Como este pájaro/ que espera para cantar/ a que la luz concluya,/ escribo entre lo oscuro,/ cuando nada hay que brilla/ y llame de la tierra./ Inauguro en lo oscuro,/ observo, escarbo en mí/ que soy lo oscuro».

Rodolfo Alonso

La desaparición de la santa. Un relato de hechicería

Jorge Amado

Traducción de Montserrat Mira,

Plaza y Janés, Barcelona, 1989, 363 páginas.

A mediados de los sesenta, Jorge Amado anunció que escribiría una novela titulada *La guerra de los santos*. El proyecto se acaba de cumplir y se inserta en lo que podríamos denominar «ciclo bahiano» del autor. Sus elementos son, aparte de los consabidos en Amado, respecto a la circunstancia política (la dictadura militar) y social del norte brasileño, otras que impregnan de localismo y lírico regionalismo a la fábula.

Mestizajes de raza y cultura, cultos afrobrasileños, intervención de los santos sincréticos del candomblé en la vida de los hombres, cierto paganismo idílico en la concepción del amor, violencia en el clima y en el entorno político. Todo ello, sintetizado en la busca de una obra de arte que —cuadro, canción o relato— salve a los hombres de sus miserias y grandezas, convirtiéndolos en héroes de epopeya, bajo la mirada invisible pero atenta de los entes del más allá.

La novela se une con otras obras del autor, destinadas a dar un cuadro del Brasil contemporáneo a partir de la